

LATINOAMERICA

CUADERNOS DE CULTURA LATINOAMERICANA

18

LEOPOLDO ZEA
**AMERICA LATINA:
LARGO VIAJE HACIA SI MISMA**



COORDINACION DE HUMANIDADES
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS/
Facultad de Filosofía y Letras
UNION DE UNIVERSIDADES
DE AMERICA LATINA

UNAM



**AMERICA LATINA
LARGO VIAJE HACIA SI MISMA**

Leopoldo Zea



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
COORDINACION DE HUMANIDADES
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS
Facultad de Filosofía y Letras
UNION DE UNIVERSIDADES DE AMERICA LATINA**



Leopoldo Zea (1912) filósofo mexicano. Desde la aparición de su libro, *El positivismo en México* la preocupación de este pensador se ha encaminado en desentrañar la identidad de esta América. Esto es, lo que caracteriza al conjunto de pueblos que la forman. Sus libros, *El pensamiento latinoamericano*, *América como conciencia*, *América en la historia*, *Dialéctica de la conciencia americana* y *Filosofía de la Historia Americana*, entre otros, están dirigidos por esta preocupación. Preocupación que partiendo de lo nacional, lo propio de la realidad mexicana, ha pasado a lo latinoamericano y, en los últimos años a la realidad que es común a esta América con otros pueblos a lo largo de la tierra, con pueblos bajo el signo de la dependencia. El ensayo que aquí se publica, *América Latina: largo viaje hacia sí misma* apareció en la *Revista El Correo de la UNESCO* en septiembre-octubre de 1977. En él se resume la interpretación de la historia de su autor. Una interpretación que abandona aquella que se deducía de la idea que sobre la historia expresaba el llamado Mundo Occidental. Se intenta aquí, como lo hacen ya muchos de los que reflexionan sobre la realidad de los pueblos en la periferia del Mundo Occidental partir de la propia situación. La cual, al hacerse consciente ha de conducir, necesariamente a la conciencia de su urgente y necesario cambio.

AMERICA LATINA: LARGO VIAJE HACIA SI MISMA

Leopoldo Zea

Nuestro caso, diría el Libertador, Simón Bolívar (1783-1830), es el más extraordinario y complicado, “no somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles”. Tal es lo extraordinario y complicado de esta América y su cultura. Cultura surgida de la unión, pero no asimilación, de la cultura propia de esos hombres. Cultura de expresiones encontradas y que, por serlo, lejos de mestizarse, de asimilarse, se han yuxtapuesto. Yuxtaposición de los supuestamente superior sobre lo que se considera inferior. La misma relación que guardarán, entre sí europeos y americanos, relación de señores y siervos, conquistadores y conquistados, colonizados y colonizadores. Relación que el mestizo, tanto cultural como racialmente, se transforma en conflicto interno. Conflicto de hombre que lleva en su sangre y cultura al dominador y al bastardo. Bastardía que le viene al americano, no sólo por la sangre, sino también por la cultura, o simplemente por haber nacido en América y no en Europa. Ya que frente al peninsular o metropolitano, lo mismo da el criollo, hijo legítimo del colonizador, que el mestizo de india y europeo. Ante la mirada europea, el nacido en esta América, se sabe el subordinado; en cambio, ante la mirada indígena, será el explotador, al servicio del colonizador. “Americanos por nacimiento y Europeos por derechos, —agrega Bolívar— nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión y de mantenernos en un país que nos vio nacer, contra la oposición de los invasores”. “Nacidos todos del seno de una misma madre, nuestros padres diferentes en origen y en sangre, son extranjeros, y todos difieren visiblemente en la epider-

mis: esta desemejanza trae un reto de la mayor trascendencia".¹

Tal es el latinoamericano como expresión y fruto de la yuxtaposición, impuesta dentro de lo que se sentirá incómodo; incómodo lo mismo en relación con el gentío paterno, que en relación con el gentío materno. Rechazado por uno, se avergonzará de ser parte del otro. Es el hombre que empieza por aceptar los criterios del colonizador sobre la cultura materna y americana y, de acuerdo con ellos la inferioridad de su mestizaje, que le impide ser parte legítima de la cultura paterna. Su mestizaje, lejos de ser algo positivo, será la fuente de toda su ambigüedad y ambivalencia. Ambigüedad y ambivalencia que se mostrarán a lo largo de la historia de la cultura de este hombre. Se le verá nadar o flotar, entre la realidad de que es expresión y realidades extrañas de las que quisiera ser parte. Darcy Ribeiro ha resumido esta singular situación diciendo que el mestizo, de blanco e india, "identificándose con el padre, se volvía el castigador del gentío materno. Como entre tanto, a pesar de esta adhesión jamás llegaba a ser reconocido. . . como igual, sufría toda la carga del prejuicio proveniente de la apreciación señorial de la comunidad nativa como inferior".² Esto es, era al mismo tiempo siervo de un gentío y, castigador servicial del otro. Originándose el complejo de inferioridad o de bastardía que una y otra vez, impedirá la asunción cultural de su encontrado modo de ser, la definición de su identidad.

Complejo de bastardía expreso en el afán inútil por ser distinto de lo que se es; por ser otro, renunciando a lo que es por sí mismo. Viendo lo propio como inferior a aquello que le es extraño y del que sólo se considera, eco y sombra. Eco y sombra, que diría Hegel, de un mundo y una cultura en cuya hechura no ha participado

¹ Simón Bolívar, "Discurso ante el Congreso de Angostura, el 15 de febrero de 1819", en *Doctrina del Libertador*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1976.

² Darcy Ribeiro, *Los Brasileños*, Siglo XXI Editores, S.A. México, 1975. p. 160.

pero en la que quisiera participar reproduciendo simplemente sus modelos. Es el afán por sobreponer al pasado propio, por indigno, un modelo extraño pero que considera digno el que dará origen a una, también, extraordinaria y complicada filosofía de la historia que vendrá a ser como la antípoda de la filosofía de la historia de Europa. Una filosofía en la que se hará expresa la yuxtaposición de culturas y no la asimilación de unas con las otras. Pero será a su vez, la conciencia de esta yuxtaposición en la inteligencia latinoamericana, la que dará origen a la ineludible, pero ya consciente asimilación cultural de la que se deriva el perfil o identidad de la cultura latinoamericana propiamente dicha. Esto es, la cultura que ha sido realizada, pese a todo, por el hombre que, en esta nuestra América ha hecho algo más que sobreponer o yuxtaponer, que ha tenido que asimilar. Una cultura, que diría Bolívar, igualmente extraordinaria y complicada.

Ahora bien, el origen de esta extraordinaria complicación cultural está, precisamente, en el pasado colonial que fuera impuesto a esta América. En el pasado frente al que, inútilmente se enfrentaron los próceres políticos y culturales de Latinoamérica. El pasado que, quierase o no, es parte de la realidad de esta América y, con la cual habrá de contarse si ha de lograrse el anhelado cambio. El cambio, precisamente, de la relación de dependencia que ha originado toda la complicación. El origen de todo está en la forma de dominación impuesta por la colonización europea a esta América. Forma de dominación que imposibilitará el mestizaje asuntivo que fuera propio de la cultura europea. El mestizaje que Hegel resumirá en la palabra *Aufhebung*, y que aparecerá como extraña al mestizaje surgido en esta América, tanto racial como cultural. La cultura europea es una cultura mestiza. Cultura asuntiva de las expresiones culturales de los múltiples pueblos y razas que empujándose, las unas a las otras, se acrisolaron a lo largo de las diversas regiones que formaran Europa. Acrisolamiento que permitió el surgimiento de culturas síntesis, como la greco-romana, a su vez asumida por la cristiana hasta culminar en la

cultura europea u occidental. La cultura que se expande-
rá sobre el resto del planeta.

Será esta cultura, europea y occidental, la que al ex-
pandirse a partir del siglo XVI sobre América y el resto
del mundo, la que ahora trate de impedir el mestizaje
asuntivo. El mismo mestizaje del que esa cultura es máxi-
ma expresión. Expresión de la que es consciente y en la
cual finca su supuesta superioridad sobre otras culturas.
El imperialismo que surge, no será ya el imperialismo
greco-romano que asimilaba las culturas con las que se
encontraba, al igual que sus panteones se asimilaron los
dioses de otros pueblos. Se trata ahora de una cultura
que se considera superior, que no puede asimilar otras
culturas, ni ser asimilada. Tal será la cultura cristiana que
traen consigo los conquistadores y colonizadores iberos
del siglo XVI, dispuesta si a incorporar a los hombres de
las tierras descubiertas, pero siempre que estos, a su vez,
renuncien a sus propias expresiones culturales. Sus evan-
gelizadores están dispuestos a asimilar a esos entes o
homúnculos, que diría Juan Gines de Sepúlvera, en su
polémica con Bartolomé de las Casas, si estos abandonan,
para siempre, un pasado que parece ser más obra de de-
monio que de Dios. Esto es, si aceptan ser conducidos,
libres de toda culpa, desnudos de una falsa cultura e
historia, hacia la cultura que Dios mismo ha creado. Así,
sobre las demoníacas culturas indígenas se sobrepondrá
la cultura del conquistador y el colonizador. Sobre los
antiguos teocallis se alzarán templos cristianos. Y sobre
los viejos ídolos, la cruz, la virgen, o un santo cristiano.³

Lo mismo sucederá con la segunda ola conquistadora
y colonizadora en el siglo XVII, ahora a cargo de la Euro-
pa llamada occidental. Estos hombres tampoco quieren
saber de asimilación alguna, aunque su cultura sea el
fruto de una extraordinaria asimilación. La preocupación
de estos hombres será también impositiva, asimilar pero
sin ser asimilados. Su misión es ahora llevar la civilización
sobre la barbarie. Y expresión de la barbarie serán no

³ Cf. Luis Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, El Colegio de México, México, 1950.

sólo los aborígenes y mestizos, sino los mismos europeos que hicieron posible el mestizaje y cuya cultura será vista como anacrónica en relación con la cultura occidental que ahora se expande. Nada querrán saber, los portadores de la cultura occidental, de mestizajes, de la asimilación de unos hombres y sus culturas con otros. El mestizaje es sólo combinación de lo superior con lo inferior, y por ello mismo, inferior. Mestizar es reducir, contaminar. Por ello, culturas supuestamente inferiores, como las que esta colonización encuentra en Norteamérica, serán simplemente barridas y sus hombres exterminados o acorralados.⁴ Y lo que no puede ser barrido, por su volumen y densidad, como en la América, Asia y Africa, será simplemente puesto abajo, en un lugar que imposibilite contaminación o asimilación alguna. Y lo que se incorporará a la civilización, no serán los hombres como tales, sino como parte de la tierra, la flora y la fauna. Y sólo como parte de esta fauna estarán, dirá Arnold Toynbee, los naturales de las tierras bajo dominio. Naturales, por ser considerados como parte de la naturaleza que ha de ser sometida y utilizada para realizar la civilización.⁵ Así lo que se refiere a la relación que pudiera guardar esta nuestra América con la cultura europeo occidental, Bolívar lo hace expreso cuando dice: “Tenemos presente que nuestro pueblo no es el Europeo, ni el Americano del Norte, que más bien es un compuesto de Africa y de América, que una emanación de Europa; pues que hasta la España misma, deja de ser Europa por su sangre africana, por sus instituciones, y por su carácter. Es imposible, asignar con propiedad, a qué familia humana pertenecemos”.⁶ Y esto es imposible, porque no se realiza asimilación alguna, sino la yuxtaposición de las diversas formas de cultura a que dio origen la colonización ibera. Colonización que ahora será vista, como algo inferior cultural y políticamente, en relación con la

⁴ Cf. Juan A. Ortega y Medina, *La evangelización puritana en Norteamérica*, Fondo de Cultura Económica, México 1976.

⁵ Cf. Mis libros, *América en la Historia*, Revista de Occidente, Madrid, 1970, y *Dialéctica de la Conciencia americana*, Alianza Editorial Mexicana, México, 1976.

⁶ Simón Bolívar, op.cit.

colonización llevada a cabo por la Europa occidental. Colonización cuya primera expresión, la han dado los Estados Unidos de Norteamérica.

Sin embargo, y pese a todo, la realidad que es propia de esta América se irá ya expresando en los intentos de yuxtaposición o imitación servil de los modelos impuestos. En los templos cristianos, levantados sobre los teocallis, el demonio que, se intentaba soterrar, se mostrará en la interpretación que darán los artesanos indígenas a las órdenes de conquistadores y evangelizadores. Así frente a las cruces, vírgenes y santos cristianos, los indígenas danzarán y festejarán como antes festejaban a sus derrocados dioses. En el arte barroco que adorna aún las iglesias por ellos levantadas se hacen ver los rostros, y el gusto por el color, de sus artistas e intérpretes nativos. No hay aquí un panteón, para los dioses mayas, aztecas e incas y otros muchos más; sin embargo, estos, de cualquier forma se hacen expesos y se mezclan en diversas formas de la cultura colonial. En igual forma la barbarie seguirá expresándose en quienes se consideren sus vencedores. Por ello el argentino Juan Bautista Alberdi verá en su opositor Sarmiento a otro bárbaro en la forma como lucha contra la barbarie. El demonio y la barbarie, supuestamente enterradas, dejarán ver sus rostros a lo largo de esta extraordinaria y complicada historia y cultura latinoamericana. El mestizaje se realiza, pese a la pretensión por evitarlo de sus opositores.

1810, es el año en que se inicia la gesta de liberación de la América latina, como resultado de la inutilidad de los esfuerzos que los americanos harán por mantenerse fieles al pasado histórico y cultural ibero. A un pasado que estos hombres consideran como propio, pretensión que será rechazada por la arrogancia e intolerancia ibera, en especial la hispana, que se opone a toda pretensión política y cultural que implique el reconocimiento de la reclamada igualdad de americanos y europeos. Así las liberales Cortes de Cádiz escamotean y anulan toda demanda en este sentido. En la lucha contra la invasión napoleónica de la península, se rechaza la colaboración americana

aunque tal rechazo implique la entrega misma de las colonias al invasor francés. Se negocia inclusive la entrega de las provincias del Río de la Plata al Emperador de Portugal antes que reconocer para las colonias Americanas los mismos derechos de las provincias en la península Española. A punto de ser vencidos los españoles por las tropas napoleónicas, se envían expediciones de castigo a México, Venezuela y otros lugares de Hispanoamérica, considerando que están en rebeldía al enarbolar, como propios, los mismos derechos con los que se han enfrentado, las cabezas de los antiguos reinos españoles, a José Bonaparte. Para la Metrópoli todos los nacidos en América son considerados inferiores, racial y culturalmente. Los hombres de estas tierras son vistos, no como hijos de la epopeya española de la conquista, sino como bastardos de la misma y sin derecho alguno. La yuxtaposición impuesta será férrea, los americanos no podrán romperla, tan solo eludirla. Y eludirla implicará apartarse de España, de una parte de sí mismo, de una parte del propio ser histórico y cultural. Se tendrá que renunciar a una cultura que sólo acepta formar hombres para la servidumbre. Simón Bolívar también, expresará el sentimiento latinoamericano ante el rechazo: “Los americanos en el sistema español... —dice— no ocupan otro lugar en la sociedad que el de siervos para el trabajo, y cuando más el de simples consumidores”. La cultura al alcance de los hombres de esta América no es sino aquella que eduque para la servidumbre; la que haga de los americanos, eficaces servidores. Estábamos abstraídos, sigue Bolívar, “ausentes en cuanto es relativo a la ciencia del gobierno y administración del Estado. Jamás eramos virreyes, ni gobernadores”, “diplomáticos nunca; militares sólo en calidad de subalternos; nobles sin privilegios reales”, “ni magistrados ni financistas y casi ni aun comerciantes”. Por ello, estos hombres al ser rechazados, en sus demandas de igualdad, por los españoles, se verán obligados a improvisarlo todo. Así, a una cultura de dominación seguirá una cultura de improvisación. Los americanos, sigue Bolívar, sin los conocimientos, sin la práctica para ello, han tenido que improvisarse como “legisladores, magistrados, administradores del erario, diplomáticos, generales y cuantas autoridades supras

y subalternas formaban la jerarquía de un Estado organizado con regularidad".⁷

Cultura de improvisación, necesidad de hacer algo para lo cual nunca se fue educado y, menos aún, ha sido practicado. Por ello mismo, inocentes de un pasado que los americanos no podían aceptar como propio, en la medida en que este era solo formación para la servidumbre, ajeno a una participación, una y otra vez rechazada. Ahora bien, dispuestos a improvisar, los americanos sólo tenían dos caminos, caminos encontrados, conflictivos. Los caminos que darán origen a la larga lucha intestina que azotará la totalidad de Hispanoamérica al emanciparse del colonialismo hispano. Un camino, era el de conservar el mismo orden político y cultural que había permitido a España mantener su dominio a lo largo de tres siglos, pero ahora al servicio de quienes se consideraban sus herederos, los criollos, los barones de las tierras que habían gobernado en nombre de la Metrópoli, pero que ahora lo harían a nombre propio. Mantener, dirá el chileno Diego Portales (1793-1837) el largo "peso de la noche".⁸ La larga noche colonial con sus hábitos, costumbres y cultura. La misma cultura para la servidumbre pero ahora en beneficio de los propios americanos, que se consideraban hijos legítimos de los conquistadores y colonizadores. Una legitimidad que les había discutido la Metrópoli originando así la obligada emancipación.

Pero culturalmente podría apropiarse, no sólo el pasado colonial, sino el mismo pasado hispano. La cultura, como la historia españolas eran, también cultura e historia de los españoles en América. Así lo entenderá Andrés Bello (1781-1865) que hacía ver cómo la reacción emancipadora de los hispanoamericanos era una reacción propiamente española. Eran los mismos hombres, tanto que se habían enfrentado a las tropas francesas en Zaragoza, como los que se habían enfrentado a las tropas

⁷ Simón Bolívar, "Carta de Jamaica", Kingston 6 de septiembre de 1815, en op.cit.

⁸ Cf. Diego Portales, *Epistolario, 1821-1837*. Santiago de Chile, 1937.

españolas de la Metrópoli en Cartagena. Las tropas metropolitanas españolas habían sido vencidas en Boyacá, Ayacucho y otros lugares de América, por tropas insurrectas igualmente españolas. “Los capitanes y las legiones veteranas de la Iberia trasatlántica fueron vencidos y humillados —dice Bello— por los caudillos y los ejércitos improvisados de otra Iberia joven que, adjurando el nombre, conservaba el aliento indomable de la antigua defensa de los hogares”.⁹ Mantener viva la cultura hispana, apropiársela como otro Prometeo, sería mantener vivo el propio ser de esta América. España, a pesar suyo había dejado expresiones de su cultura que los americanos podrían hacer suyas. Nada entonces tendría que improvisarse, sólo habría que asimilar, aprender y practicar. La herencia cultural española, era también americana. Andrés Bello pondrá el acento de esta asimilación en la gramática, el derecho, al filología, la filosofía, y la tradición histórica hispana. Tal sería la preocupación del proyecto conservador.

Frente a este proyecto estarán quienes nada querrán ya saber de un pasado y una cultura para la servidumbre. Servidumbre ante la Metrópoli, o servidumbre ante quienes se presentaban en América como sus legítimos herederos. Si era menester improvisar, habría entonces que improvisar algo distinto. Si era necesario empezar a alcanzar un conocimiento y una experiencia estas podrían ser buscadas en otras experiencias y otras culturas. El mismo Bolívar pediría la total ruptura con un orden político, social y cultural, dentro del cual los americanos sólo podían tener el papel de siervos. No teniendo nada propio, los Americanos bien podían hacer suyos modelos y experiencias culturales más eficaces. Y que podían ser más eficaces que las experiencias de los hombres que habían dado origen a las naciones que ahora señalaban la ruta a seguir por el resto del mundo. Las mismas naciones que habían marginado al mundo y cultura

⁹ Andrés Bello, “Investigación sobre la influencia de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile”, Memoria leída en la Universidad de Chile, el 22 de septiembre de 1844. *Obras Completas*, Caracas, 1957.

iberos, disputándole, sus mismas conquistas. Las naciones líderes en la marcha de la civilización. Habría entonces que borrar el largo y equivocado pasado colonial. Habría que partir de cero de la propia experiencia, apropiándose la del modelo extraño. Este será, el proyecto civilizador. Proyecto que verá su pasado más propio, el indígena, hispano y mestizo, como expresión de la barbarie. Barbarie que había de ser dominada por la civilización. ¡Civilización o barbarie!, grita el argentino Domingo F. Sarmiento (1811-1888). ¡Progreso o retroceso!, grita el mexicano José María Luis Mora (1794-1850). ¡Catolicismo o republicanismo!, dice el chileno Francisco Bilbao (1823-1865).

Y así como los conquistadores y colonizadores iberos, trataron de soterrar las viejas culturas indígenas yuxtaponiendo las propias; los civilizadores latinoamericanos tratarán de enterrar el pasado colonial, la cultura hispana y la indígena, así como le mestizaje a que dio origen la Colonia. Se intenta nueva yuxtaposición imitándose ahora los modelos culturales de la Europa occidental, tanto las instituciones políticas sajonas, como las expresiones de la Literatura y la Filosofía de la Cultura de Francia. De igual manera se tomarán las expresiones a que diera origen la Democracia de los Estados Unidos de las que con sorpresa hablará Tocqueville. Ser como Inglaterra, Francia, y los Estados Unidos serán las metas de proyecto civilizador, y, como consecuencia anular el propio pasado, considerándolo inpropio. La emancipación política alcanzada por los libertadores, debía ser ahora seguida por lo que los civilizadores llamaron "emancipación mental".¹⁰

Dejar de ser lo que se es, para ser otro distinto, va a ser la preocupación de este nuevo esfuerzo cultural latinoamericano. "Reconozcamos el árbol por sus frutos", dice Sarmiento. "La América del Sur se quedará atrás y perderá su misión providencial de sucursal de la civilización moderna. No detengamos a los Estados Unidos en su

¹⁰ Cf. Mi libro *El pensamiento latinoamericano*, Editorial Ariel, S. A. Barcelona, 1976.

marcha". "Alcancemos los Estados Unidos". "Seamos América como el mar es el océano. Seamos Estados Unidos". "Llamos los Estados Unidos de la América del Sur, y un sentimiento de la dignidad humana y una noble emulación, conspirarán en no hacer un baldón del nombre a que se asocian ideas grandes". ¿Cómo lograr esto? Mediante la educación y a través de un gran proceso inmigratorio. Lavado de cerebro y lavado de sangre. Tal se pretendió con la educación inspirada en el positivismo francés, el utilitarismo inglés y el pragmatismo estadounidense. Habría que hacer de los mexicanos, diría Justo Sierra (1848-1912), los yanquis del sur. En igual forma hablaba Alberdi de los yanquis hispanoamericanos. Nada con el pasado, nada con la España cerril, el negro servil y el indígena salvaje. Pero menos aún, con el mestizo de estas razas. "En América —dirá Juan Bautista Alberdi— (1810-1884) todo lo que no es europeo es bárbaro".¹¹ Educar para la civilización y traer a esta América hombres que hiciesen por ella, lo que ya habían hecho en Europa y en los Estados Unidos, sería incorporar a sus pueblos entre las naciones que ya marchaban por la vía del progreso y la civilización.

La nueva yuxtaposición cultural era necesaria, para evitar, lo que ya señalaba Sarmiento como un peligro el que esta América perdiese su misión de *sucursal* de la civilización moderna. Puestos a improvisar, sin antecedentes, sin experiencia en la ruta civilizatoria, sólo quedaba aceptar, libremente, la tutoría de los adelantados en esta vía, aceptar la dependencia frente a quienes ya habían mostrado su capacidad y habilidad en la ruta civilizadora. Tutoría, libremente aceptada en relación con Europa occidental o los Estados Unidos. Ser sucursal no pudiendo ser centro. Al no poder ser locomotora del tren que conduce a la plena civilización, ser al menos, furgón de cola. Nosotros, agrega Sarmiento, "necesitamos mezclarlos a la población de los países más adelantados que el

¹¹ Juan Bautista Alberdi, "Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina", 1852. *Pensamiento Político Hispanoamericano*, Ediciones Depalma, Buenos Aires, 1964.

nuestro, para que nos comuniquen sus artes, sus industrias, su actividad y su actitud de trabajo".¹² "No temáis encadenados al orden y la cultura", dice Alberdi. "No temáis enajenar el porvenir remoto de nuestra industria a la civilización, si hay riesgo de que la arrebaten la barbarie o la tiranía anteriores". A los inversionistas, a las empresas particulares, "colmadlas de ventajas, de privilegios, de todo favor imaginable, sin detenerse en medios".¹³ Hecho esto, la incorporación de esta América a la civilización, se daría por añadidura.

Pero la presencia europea como violento imperialismo, así como el expansionismo de los Estados Unidos iniciado ya sobre esta América en la guerra de 1847 contra México, y su presencia en 1898 sobre el Caribe, desplazando a los restos del imperialismo ibero, darán una nueva conciencia a los hombres de esta nuestra América. Conciencia de las yuxtaposiciones realizadas, así como de la necesidad de asimilarlas. Conciencia del complejo de inferioridad que había permitido pasar de una dependencia impuesta a una dependencia libremente aceptada. José Enrique Rodó (1871-1917) es de los primeros en enfrentarse al equivocado camino civilizatorio. Muestra la *deslatinización* y la *nordomanía* como expresiones de tal complejo. "Se imita —dice— aquel cuya superioridad y prestigio se cree". Así, libremente se acepta, paradójicamente, nueva dependencia. Por ello los Estados Unidos, agrega, están "realizando entre nosotros una suerte de conquista moral".¹⁴ A una dependencia se yuxtapone nueva dependencia. Tal es lo que se viene haciendo al pretender hacer de la cultura modelo un instrumento para incorporar a esta América a una cultura que le es ajena por su origen y experiencia. No se trata, por supuesto, de rechazar la civilización, ni las experiencias culturales de otros hombres. Ya que siendo experiencias de hombres, son también, experiencias para los hombres de esta América. De lo que se trata es de hacer

¹² Domingo F. Sarmiento, *Argirópolis*, La Cultura Argentina Buenos Aires, 1916.

¹³ Juan Bautista Alberdi, op.cit.

¹⁴ José Enrique Rodó, *Ariel*, Montevideo, 1900

de tales experiencias, y sus frutos, parte de las experiencias y frutos culturales de esta América. No se rechaza a Caliban, simplemente se le pone al servicio de Ariel. La experiencia del materialismo sajón, puesto al servicio del espíritu latino de América. Las experiencias europeas y estadounidenses serán buenas experiencias si son puestas al servicio de Latinoamérica y de su cultura, asimiladas por ellas.

Imitar sí, pero inventar un poco, dirá el mexicano Antonio Caso (1883-1946), hablando del Bovarismo latinoamericano, inspirado en la heroína de Flaubert. Bovarismo, como el afán de ser distinto de lo que se es, anulándose a sí mismo. América, nuestra América, como dirá el cubano José Martí (1853-1895), no es un vacío que ha de ser llenado una y otra vez. Latinoamérica es una realidad, tiene una cultura, una ya larga historia. Una cultura que, pese a las intenciones de sus hacedores, se ha venido expresando sobre los intentos de vacío, sobre las yuxtaposiciones. América son sus indios, los conquistadores de estos, los libertadores luchando por poner fin a la conquista, los conservadores afanosos por mantener el orden que habían heredado, los civilizadores queriendo saltar sobre sus propias experiencias. América es así un crisol de culturas que van hundiéndose en su seno los vanos intentos por sobreponerlas. La cultura latinoamericana se ha impuesto a la supuesta superioridad de las culturas que se le quisieron imponer, o aceptó libremente, cada una de estas culturas fueron absorbidas y mezcladas en el crisol de la cultura de esta América.

El proyecto asuntivo, en cuyo empeño siguen pugnando los hombres de cultura que han hecho conciencia de ésta su ineludible realidad, tomará también, conciencia del error en que cayeran sus mayores. El error cometido en el mismo momento en que esta América alcanzó su emancipación política. En el afán por borrar un pasado que se consideró ignominioso, empeñándose en adoptar un presente que era extraño a sus experiencias. Renunció a un pasado servil, aceptando en su lugar nueva servidumbre, la que supuestamente, iba a hacer de los pueblos de esta América, pueblos distintos de los que habían sido

en el pasado. Fue un error el pensar que estos pueblos eran, por sí solos, incapaces de incorporarse a una cierta forma de cultura o civilización. “La incapacidad no está en el país naciente —dice José Martí— que pide reformas que se le acomoden y grandeza útil, sino los que quieren regir pueblos originales de composición singular y violenta, con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos”. “El espíritu del gobierno ha de avenirse a la Constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país”. El genio debió haber estado en hermanar lo que parecía opuesto, el mesclar lo que parecía superpuesto. Ni “el libro europeo, ni el libro yanqui, daban la clave del enigma hispanoamericano —agrega Martí—, el problema de la independencia no era un cambio de formas, sino un cambio de espíritu”.

Tal es lo que se ha venido intentando a lo largo de este siglo en Latinoamérica. Un cambio de espíritu por lo que se refiere al más propio pasado, a la cultura más propia, de acuerdo como lo hacía otro de los adelantados de este espíritu, José Vasconcelos (1882-1959), al hablar de la que parecía mística *Raza Cósmica*. Como crisol de culturas en el que va perfilando la cultura latinoamericana. Cultura que, en vez de desdibujarse va tomando cuerpo expresando su identidad. La dolorosa identidad a la que también se refería Martí, y que debería de llenar de orgullo a quienes la han heredado. “¿En qué patria —decía— puede tener un hombre más orgullo que en nuestras Repúblicas dolorosas de América, levantadas entre las masas mudas de indios, el ruido de pelea, del libro con el cirial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles? De factores tan descompuestos, jamás, en menos tiempo histórico se han creado naciones tan adelantadas y compactas”.¹⁵ Identidad cultural complicada y, por serlo, original. Experiencia de hombres en extraordinarias y complicadas situaciones que, por serlo, viene a ser su original aportación a la historia, y a la cultura del hombre. Del hombre sin más, en sus múltiples expresiones.

¹⁵ José Martí, “Nuestra América”, en el *Partido Liberal*, México, 30 de enero de 1891.



Siendo director general de Publicaciones José Dávalos
se terminó la impresión de **América Latina:**

Largo Viaje Hacia si Misma,
en los talleres de Polymasters de México, S.A.
el día 20 de noviembre de 1978.
Se tiraron 10,000 ejemplares.



TOMO I:

1. Simón Bolívar, CARTA DE JAMAICA. 2. Arturo Ardao, LA IDEA DE LA MAGNA COLOMBIA. DE MIRANDA A HOSTOS. 3. Francisco Bilbao, INICIATIVA DE LA AMERICA. IDEA DE UN CONGRESO FEDERAL DE LAS REPUBLICAS. 4. Arturo Andrés Roig, LOS IDEALES BOLIVIANOS Y LA PROPUESTA DE UNA UNIVERSIDAD LATINOAMERICANA CONTINENTAL. 5. Justo Sierra, INAUGURACION DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL. 6. Darcy Ribeiro, LA CULTURA LATINOAMERICANA. 7. José Martí, NUESTRA AMERICA. 8. Francisco Miró Quesada, IMPACTO DE LA METAFISICA EN LA IDEOLOGIA LATINOAMERICANA. 9. Juan Bautista Alberdi, IDEAS PARA UN CURSO DE FILOSOFIA CONTEMPORANEA. 10. Roberto Fernández Retamar, NUESTRA AMERICA Y EL OCCIDENTE.

TOMO II:

11. Andrés Bello, LAS REPUBLICAS HISPANO-AMERICANAS. AUTONOMIA CULTURAL. 12. Augusto Salazar Bondy, SENTIDO Y PROBLEMA DEL PENSAMIENTO FILOSOFICO HISPANOAMERICANO. 13. Juan Montalvo, OJEADA SOBRE AMERICA. Washington y Bolívar. 14. René Depestre, PROBLEMAS DE LA IDENTIDAD DEL HOMBRE NEGRO EN LAS LITERATURAS ANTILLANAS. 15. Alfonso Reyes, NOTAS SOBRE LA INTELIGENCIA AMERICANA. 16. Arnold Toynbee, EL HEMISFERIO OCCIDENTAL EN UN MUNDO CAMBIANTE. 17. Eugenio María de Hostos, EL DIA DE AMERICA. AYACUCHO.



RECTOR

Dr. Guillermo Soberón Acevedo

SECRETARIO GENERAL ACADEMICO

Dr. Fernando Pérez Correa

SECRETARIO GENERAL ADMINISTRATIVO

Ing. Gerardo Ferrando Bravo

COORDINADOR DE HUMANIDADES

Dr. Jorge Carpizo

DIRECTOR FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Dr. Abelardo Villegas

CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

Dr. Leopoldo Zea

UNION DE UNIVERSIDADES DE AMERICA LATINA

SECRETARIO GENERAL

Dr. Efrén C. del Pozo.